

(Transcripción no revisada por el autor)

MARIA - LA FUERZA PEDAGOGICA DEL IDEAL ENCARNADO

En esta época en que existe tanta diversidad de doctrinas y tanta desorientación, es de vital importancia destacar *el valor del ejemplo encarnado*. El pueblo, los cristianos comprometidos, necesitan un símbolo inequívoco de su fe. Por eso es necesario extraer las consecuencias del hecho que María es el prototipo y caso preclaro de la Iglesia, el libro de oro del cristianismo. El hombre no se entusiasma ni se transforma con meras ideas. Ya en la antigüedad se decía: “Las ideas ilustran, los ejemplos arrastran”. Hoy esto es particularmente importante porque estamos inmersos en una cultura vivencial y de la imagen.

En este sentido, María es un camino pedagógico ideal. Muestra en forma gráfica todos los misterios de la fe, los hace cercanos y familiares. Sin embargo, para que esto sea pedagógicamente eficaz, es necesario redescubrir su verdadera imagen y mostrar una visión integral e integrada de María, bíblica y dogmáticamente exacta.

No basta simplemente con señalar el ideal objetivo. Es necesario que éste capte la receptividad de la persona y de la comunidad concreta y, por otra parte, que se muestra en estrecha relación con la problemática de nuestro tiempo. Un anuncio de la imagen auténtica de María, cálida y cercana a la realidad, ejercerá una poderosa fuerza de atracción y nos pondrá en contacto en forma vivencial con los misterios de nuestra fe.

1. La fuerza transformadora del amor

La eficacia de la pedagogía mariana proviene, en segundo lugar, del *poder transformador que posee un amor filial, íntimo y profundo a María*.

Pío X afirma en la encíclica que conmemora la proclamación del dogma de la Inmaculada: “Nadie vale más que María para unir los hombres a Jesús.. Sí, en efecto, según la doctrina del divino Maestro, ésta es la vida eterna: conocerte a ti, único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo, (Jn 17,3), por María llegamos a tener un conocimiento vital de Cristo, por ella también nos es más fácil adquirir la vida de la cual él es principio y fuente”. Y agrega en el mismo lugar: “Desdichados los que abandonan a María bajo el pretexto de rendir honor a Jesucristo. ¡Como si se pudiese encontrar al Hijo de otra manera que con

María, su Madre!”.¹ En verdad, la Santísima Virgen “precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios, como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor”.²

Cuando decimos que el cultivo de una cálida relación filial con María es un camino pedagógico privilegiado para dar respuesta a los problemas pastorales del momento, por cierto no pensamos en la promoción de una piedad mariana fetichista o enajenante. La relación que tiene nuestro pueblo con María muchas veces es sentimentalista, primitiva, extra eclesial y extra litúrgica; es expresión de una religiosidad que no ha sido suficientemente esclarecida por la fe ni se ha educado. Este tipo de piedad mariana ve a la Virgen casi únicamente como “madre del pan”, a quien se recurre para que solucione primariamente necesidades del orden material. Es una piedad de refugio y, a menudo, favorece una huida de los problemas reales, fomentando la separación entre religión y vida.

La existencia de este tipo de piedad no debe desorientarse. Pues hasta las cosas más santas pueden deformarse y, de hecho, son deformadas. Esto no sólo sucede con lo mariano sino, también, con la persona y el mensaje del mismo Cristo, con la Iglesia, con el amor, etc. Cada uno se forja hoy una imagen de Cristo según convenga a sus intereses o a su ideología. Todo se puede tergiversar. Se puede recibir la comunión diariamente sin que ello se traduzca en un cambio en las actitudes y en las costumbres y estilo de vida.

Desechar o desconfiar de una espiritualidad mariana, por lo que se ha observado o por las experiencias negativas que se han tenido, sería superficial. El valor pedagógico de la piedad mariana se refiere a una relación íntima y personal con María, vista en el lugar objetivo que Dios le ha asignado en el plan de redención. Es decir, se fundamenta en una imagen de María, integral e integrada en la totalidad de las verdades de la fe. Supone, además, que el amor a María, como todo amor, debe ser educado, purificado y debe crecer para que pueda alcanzar su perfección. Un amor que en una primera etapa normalmente está centrado en el yo y su provecho, deberá madurar orgánicamente hasta llegar a ser un amor generoso, altruista y heroico.

¹ Pío X, Ad diem illum, 6 y 8

² Vaticano II, LG 68

El secreto de la pedagogía y pastoral marianas reside en el misterio del amor, *única fuerza capaz de transformar profunda e íntegramente al hombre*. Por el amor nos unimos a la persona que amamos y establecemos con ella una comunidad que genera una transmisión de valores y de vida. El mundo de quien amamos pasa a ser nuestro mundo. El amor despierta una creatividad y dinamismo como ninguna otra cosa jamás lo lograría.

Es por esto que el educador de la fe busca fomentar el amor a María, la consagración y la alianza de amor con ella. Por esa consagración y esa alianza se establece un hondo intercambio de corazones, de bienes y de intereses entre nosotros y con la Santísima Virgen. La alianza de amor con María tiene su fundamento en la alianza bautismal. Dios estableció una alianza con el pueblo elegido; la renovó y selló en forma definitiva en Cristo Jesús. Esa alianza es el eje de toda la espiritualidad bíblica. A ella nos incorporamos por medio de la alianza bautismal. De allí que el cultivo del amor a María no es un simple “método” pedagógico, son que corresponde a la voluntad por tomar en serio y vivir lo más medular y genuino del mensaje bíblico; la alianza de Dios con el hombre en Cristo Jesús. La alianza con María expresa y asegura la alianza bautismal.

Conducir hacia María y ganar los corazones para ella no resulta difícil. En este sentido, la gracia y la naturaleza armonizan admirablemente. Dios mismo regaló al corazón humano una peculiar sensibilidad y atracción por María. Es un hecho reiteradamente comprobado el magnetismo que ejerce su persona en la labor evangelizadora, tanto en la pastoral de multitudes como en la individual y grupal. Desconocer o despreciar esta fuerza equivaldría a cegarse ante la realidad o despreciar el don de Dios. Por eso la búsqueda de una dinamización del amor a María en la labor pastoral y educadora de la fe.

La pastoral o el trabajo de autoformación que pone en primer plano, el cultivo del amor se hace más fácil y fecundo. El hombre se mueve más por el corazón que por imperativos ideológicos o de la voluntad. Si el amor no entra en juego, la acción pedagógica carece de espontaneidad, de alegría y energía creadora. En cambio, encender la llama de un auténtico amor hace el trabajo educativo significativamente más fácil y fecundo.

El amor a la Santísima Virgen actualiza la fuerza unitiva, asemejadora, transformadora y creadora que entraña el verdadero amor. Si todo amor noble a una criatura dignifica, hace crecer y despierta los gérmenes latentes de nuestra personalidad, ¡cuánto más el amor a

María nos hará crecer en la fe y asegurará nuestro esfuerzo por ser fieles al Señor! El amor a ella nos transmite sus actitudes, su manera de sentir y de actuar. En este sentido, vale como ley básica de la pedagogía mariana, el axioma: “Por la vinculación mariana hacia la actitud mariana”. La encarnación de las virtudes propias de María, más que por el esfuerzo de la voluntad, se logra con mucha mayor facilidad por medio del cultivo de una vinculación cálida y filial a su persona.

Ese mismo amor nos impulsa, además, a luchar por desterrar de nuestro comportamiento todo aquello que desdice con el nombre de cristianos y que, por eso, no es mariano. La lucha contra nuestros defectos adquiere entonces una nueva dimensión. No es simplemente la superación personal tendiente a lograr una determinada perfección, sino que la expresión de un esfuerzo por dar alegría a alguien a quien amamos.

El amor a María infunde coraje, purifica y enaltece. Nos une a ella y nos transforma. Ese mismo amor posee también una extraordinaria fuerza creadora. Pues, junto con hacernos receptivos a su mundo de valores, imprime en nuestra alma la voluntad de hacer nuestros sus intereses, es decir, la voluntad de llevar la Buena Nueva de Cristo al mundo y de instaurar aquí en la tierra su reno para gloria y alabanza del Padre.

2. La fuerza de la intercesión de María

La entrega a la Santísima Virgen posee, en tercer lugar, *una extraordinaria fecundidad pastoral*, porque *ella es una fuente inagotable de gracias*.

María, al decir de los Padres de la Iglesia, es la “Omnipotencia suplicante”. Está constantemente junto a Cristo para interceder por nosotros. Como en Caná, dice al Señor: “No tienen vino”, “les falta del vino del amor verdadero, del servicio al hermano, del heroísmo, de la humildad...” Y el Señor no puede negar nada a su Madre, la criatura que él más ama.

Michael Quoist expresa esta realidad hermosamente:

Bien. Está hecho. La tengo aquí, conmigo, desde el día de su muerte. Su asunción, como dicen los hombres. La Madre ha vuelto a encontrar al Hijo y el Hijo a la Madre en cuerpo y alma, el uno junto al otro eternamente. ¡Ah, si los

hombres adivinasen la belleza de este misterio...! Ellos lo han reconocido al fin oficialmente. Mi representante en la tierra, el Papa, lo ha proclamado solemnemente. ¡Da gusto, dice Dios, ver que se aprecian los dones que uno hace! ¡Aunque la verdad es que el buen pueblo cristiano ya había presentado este misterio de amor de Hijo y de hermano!... Y ahora, que se aprovechen, dice Dios. En el cielo tienen una madre que los ama con todo su corazón, con su corazón de carne. Y es Madre es mía. Y me mira a mí con los mismos ojos que a ellos; me ama con el mismo corazón. ¡Ah, si los hombres fuesen sagaces!... bien se aprovecharían. ¿Cómo no se dan cuenta que yo a ella no puedo negarle nada? ¡Qué quieren! ¡Es mi Madre! Yo lo quise así. Y bien... no me arrepiento.

3

Quien está consciente de las dificultades que entraña la educación de la fe, más que nunca ahora debido al ambiente en el cual vivimos, quien está consciente de las múltiples dificultades que implica la creación, mantención y crecimiento de una comunidad de vida cristiana profunda y con fuerza apostólica, hará lo que está a su alcance para encontrar medios que aseguren la fecundidad de su labor. ¡Si fuésemos verdaderamente sagaces! Nuestra tarea sobrepasa con creces nuestras propias fuerzas. ¿Qué puede haber, entonces, más adecuado que tender las manos a la que es fuente sobreabundante de gracia, reconocida en la Iglesia como Medianera de las gracias?

La mediación de María, como ya se dijo, no resta valor o importancia a la mediación de Cristo. Todo lo que María nos puede dar viene del Señor. Cristo se gloria en participar su grandeza y poder a las criaturas. Por lo demás, ¿no estamos llamados cada uno de nosotros, y especialmente los educadores, a ser de alguna manera “mediadores de gracia” para los hombres? ¿No tenemos que ser, de algún modo, “corredtores”? Ciertamente que sí, y ello no empequeñece sino que engrandece a Cristo. La diferencia en relación a María, es que ella es Madre de la Iglesia, Medianera universal y que el poder de su amor y de su intercesión es ilimitado.

María, como Madre de la Iglesia, quiere entregarse con todo su ser a la educación de sus hijos; pero, para poder ejercer su misión, requiere de evangelizadores y apóstoles que

³ Michael Quoist, *Oraciones para rezar por la calle*, Ed. Sígueme, 1980, p. 24 ss.

depositen en ella libremente su confianza, que se dejen formar por sus manos de madre y educadora y cooperen con ella. Su labor será, sin duda, abundantemente bendecida.

Concluimos estas reflexiones con palabras del P. José Kentenich acerca de María:

Ella vencerá las herejías contemporáneas. Lo hará a través del ideal de su propia personalidad y por su mediación de gracias, orientada a la formación y educación de vigorosas personalidades, que tengan el ánimo de avanzar contra la corriente, según su ejemplo; que estén dispuestas a entregarse totalmente a Dios para realizar la obra redentora y que tengan el valor de dejarse crucificar por su ideal. Ella forma esas grandes figuras y las conduce, como instrumentos en sus manos, a librar la lucha de los espíritus en la arena de la vida: en la familia, en el taller, en las calles, en los senderos, en la vida política, en el gobierno.⁴

⁴ José Kentenich, *Das Lebens Sinn*, Schönstatt Verlag, 1969, p. 26